

COMO FUÉ EJECUTADO EN MADRID



POR
J. MIQUELARENA
(EL FUGITIVO)

Jesús P. Castro

20

Diciembre 1937.

Santiago

COMO FUI EJECUTADO EN MADRID

J. MIQUELARENA

(EL FUGITIVO)

C O M O F U I
E J E C U T A D O
E N M A D R I D

PRIMERA EDICION

AVILA
IMPRESA CATÓLICA
SIGIRANO DIAZ
PEDRO DE LA GASCA, 6
1937

ES PROPIEDAD DEL AUTOR,
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA LEY.
COPYRIGHT, 1937

PRINTED IN SPAIN

PRÓLOGO

Es en este prólogo, precisamente, donde El Fugitivo cuenta cómo fué asesinado en Madrid y hasta qué punto su muerte ha de servirle de ejemplo.

PROLOGO

Yo he vivido en Madrid siete meses rojos, siete. A un buen ritmo de paz cotidiana, más o menos, siete meses no son muchos. Son interminables, son eternos, en cambio, cuando llega con cada hora una hora de espanto y con cada minuto una ráfaga de terror.

Tuve mucha suerte. En primer lugar, porque a los pocos días de la vergüenza bermeja, yo estaba seguro de ser sacrificado como una res y me había confeccionado una resignación de condenado a muerte, que no era—¡lo juro!—demasiado desagradable. En segundo término, porque todo se concertó tan maravillosamente en mi favor—a pesar de que el mismísimo García Atadell, el auténtico, el genuino García Atadell, dirigía mi captura—que en uno de los primeros días de Febrero de 1937 me encontré en Irún, frente a una

bandera que se puso a rizarme el pecho con su maravillosa brisa bicolor... Por el momento, no puedo decir lo que hizo Dios y lo que yo hice para soslayar el balazo en la nuca que me había adjudicado La Horda. Al salir de Madrid, juré callarme y di mi palabra de honor de no revelar el secreto hasta que fuera oportuno. He cumplido mi promesa hasta ahora y no es ahora, precisamente, en la España de Franco, cuando siento más ganas de presentar mi dimisión de caballero.

He escrito ya el libro de mis siete meses rojos, que es, aproximadamente, la historia de un agujero. Yo prometo que se sabrá todo algún día. Pero dicho libro queda inédito por ahora; lo siento, porque creo haber descubierto en él una fórmula extraordinaria para no hablar del personaje más importante de aquella historia—el miedo—o, en todo caso, para hablar del miedo con elegancia.

Mientras llega la ocasión que tanto deseo, quiero calmar mis afanes de autor de libros dando a la estampa éste que el lector tiene en sus manos.

Pero antes de seguir adelante, voy a contar cómo fui ejecutado en Madrid.

Hay varias versiones.

Por ejemplo, hay la versión de que traspasé el

velo del misterio en los primeros días de Agosto de 1936, fusilado en la Casa de Campo, y la versión de que hice "el viaje" en los últimos días de Septiembre del mismo año—en "la semana del periodista"—asesinado en el trozo de la calle Serrano que se acerca al paisaje lunar de los alrededores de Madrid.

Hay también otras versiones.

Lo importante, sin embargo, es que yo he sido ejecutado. Todos mis amigos están de acuerdo en este punto fundamental. Y lo más importante todavía es que en cuanto a mi arrogancia frente al pelotón de criminales, a mi serenidad, a mi desprecio para los que iban a disparar contra mí y a mis vivas a España, a Franco y a José Antonio, no hay la menor duda en ningún momento.

Yo puedo citar los nombres de más de dos docenas de escritores madrileños que conocen todos los detalles de mi volatilización. He muerto como un héroe; como no hubiera sospechado nunca y quizá como no hubiera sospechado nadie, porque la verdad es que yo no había sido preparado, ni por la vida, ni por mi profesión, para llenarme de grandeza en ese trance.

He aquí mi perplejidad ahora. Creo que vivo.

Esto puede ser una ilusión de ultratumba, una vaguedad sideral y hasta el ectoplasma. Pero estoy casi seguro de que digiero carne de vaca, de que escribo cartas, de que las recibo, de que hace calor en Salamanca—en estos momentos hace frío—y de que he engordado un poco. Es lo que más me extraña. Indiscutiblemente, la báscula demuestra que continúo siendo un volumen esclavizado por las veleidades de la grasa. Si yo flotara en espíritu por la España liberada, ni la báscula registraría el avance de mis gramos superfluos ni yo sentiría la preocupación del peso, que es una triste y pobre alarma de los no volatilizables.

¿Vivo? Creo que sí. ¿Pero conviene que viva? Creo que no. Sospecho que no alcanzaré la muerte con esa dignidad que he alcanzado ya. Como yo caí en Madrid, sólo se cae una vez. Probablemente no estoy designado para ser el del bello morir bis que honra toda una vida...

Y además de mi perplejidad, he aquí mi martirio. Hice todo lo posible por salvar mi cuerpo de la Horda; lo he conseguido y no soy feliz. La muerte que se me tenía preparada y mi heroica actitud

ante esa muerte, eran lo que más me convenía. Eran casi una ganga.

Tengo, sin embargo, una esperanza: la de que mi muerte me sirva de ejemplo y sepa morir por mi Patria como mueren los grandes españoles y como he muerto yo mismo en Madrid, en aquella "semana del periodista", según la versión más autorizada a mi juicio.

Lector: lo que vas a leer no sé si es interesante o no. En todo caso, reconocerás que no ha sido nunca una vulgaridad excesiva, saber lo que ha visto y oído un héroe, contado por su cadáver.

M A D R I D

El Fugitivo se escapa, llega
a la España liberada—¡Arri-
ba España!—y ofrece sus pri-
meras impresiones.

LA PRENSA ROJA DE MADRID

Cuando se tome Madrid habrá que procurarse a toda prisa una colección completa de cada uno de los periódicos que allí se han publicado durante el Terror. Yo dudo mucho de que nadie pueda dar la impresión de lo que en Madrid ha ocurrido, mejor que la Prensa escarlata. He aquí una Prensa que no se ha recatado, que no ha sentido —frente al crimen— el menor pudor...

Podrán reproducirse entonces titulares a toda página como el que sigue: «Es necesario, es urgente, el exterminio de los que no hayan estado con nosotros». Creo recordar que fué *Mundo Obrero*, el diario que ofreció esta invitación al asesinato de más de medio millón de madrileños.

En los primeros días del movimiento, *El Liberal* publicaba una nota que decía así: «Tomado el cuartel del Pacífico, dos oficiales del Ejército hu-

yeron a sus casas, perseguidos por la muchedumbre. Esta pudo comprobar en seguida que los dos militares, enloquecidos, habían matado a sus mujeres e hijos—algunos de corta edad—al llegar a sus domicilios, suicidándose después. ¡Los dos habían enloquecido al mismo tiempo y a los dos se les había ocurrido la misma locura! Probablemente no se puede decir con más claridad hasta qué punto de salvajismo llegaron las hordas rojas en aquellos momentos: dos familias enteras, sencillamente, fueron pasadas a cuchillo.

También los primeros paseos eran registrados en la Prensa. Algunos paseos, por lo menos...: los de aquellas personas cuya desaparición, por ser muy conocidas, había de causar el regocijo de las turbas. Un ejemplo: «Falleció ayer, víctima de rapidísima enfermedad, el general Ochoa». Era la época en que fallecían, víctimas de la misma «enfermedad rapidísima», más de quinientas personas al día.

El Liberal ha publicado, durante mucho tiempo, una sección que titulaba *Instantáneas*. En esta sección se hacía la semblanza de cuatro o cinco personas cada día. Después del nombre de cada una de ellas, había calificaciones de *fascista*

o de *jesuítico* o de *monárquico*, etc., etc., cargadas de tintas sombrías. *El Liberal*, de esta forma, se daba el gusto de condenar a muerte, diariamente, a cuatro o cinco ciudadanos honrados.

Los comentarios al fusilamiento de Salazar Alonso—asesinado en realidad—llegaron en el diario *Política* a un grado de salvajismo asombroso. Todavía caliente el cuerpo de aquel hombre, se lanzaron sobre él las mayores injurias, en un artículo ilustrado con una caricatura que firmaba Antequera Aizpiri. Se ofrecía en dicho dibujo un Salazar Alonso de línea equívoca, todo rizado y vestido de barbero. En Madrid no era posible vivir en paz ni llegando a cadáver.

Todos los días se han publicado notas de excitación al crimen: unas veces *había* que arrasar con todos sus habitantes, el barrio de Salamanca; otras *había* que exterminar a los presos, cuya vida repugnante se prolongaba a costa del Tesoro de la República, de una manera estúpida; y casi siempre *había* que asaltar las Embajadas...

El compañerismo no servía para nada. La Prensa roja perseguía con ferocidad especial a los periodistas llamados de derecha. Los denunciaba y daba su pista para que fueran cazados como